

Yasmina Khadra
Los virtuosos

Traducido del francés
por Wenceslao-Carlos Lozano

Alianza editorial

Título original: *Les Vertueux*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta: © ND / Roger-Viollet / Getty Images
Fotografía del autor: © Cosano, P./Anaya.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



© Miallet-Barrault, imprint of Flammarion, 2022
© de la traducción: Wenceslao-Carlos Lozano, 2023
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-399-5
Depósito legal: M. 17.007-2023
Printed in Spain

*A mi madre, que no sabía leer ni escribir
y me ha inspirado este libro.*

A alguno le pueden ocurrir cosas increíbles que desvían el curso de su existencia y la trastornan por completo. Por mucho que huya a la otra punta del mundo, se refugie allá donde no hay peligro de que nadie lo encuentre, le siguen el rastro como una jauría de perros errantes y lo convierten en alguien que no tiene nada que ver con él, y en la única historia que se recordará de él.

A esto, algunos lo llaman *mektub*.

Otros, menos irracionales, dicen que así es la vida.

En lo que a mí se refiere, aquello tenía un rostro, un olor y un nombre: Gaíd Brahim.

Gaíd Brahim era la personificación de lo más sagrado. Severo y misericordioso. Podía convertir a un zángano en un notable y a un insolente en carne de presidio, salvo que tendía más a castigar que a gratificar. Nos enviaba a sus sicarios, sin previo aviso, para asegurarse de que cuidábamos debidamente sus campos, de que su ganado tenía mejor salud que sus súbditos y de que todos doblaban debidamente el espinazo.

Todo lo que había en las tierras de Gaíd Brahim pertenecía a Gaíd Brahim: los huertos, el río, las fuentes, el mausoleo, así

como el morabito cuyos restos descansaban allí, la mezquita y su imam, nuestras chozas, nuestro sudor y nuestra carne, hasta las piedras que cubrían las colinas, hasta los zorros que aprovechaban la oscuridad para alborotar nuestros gallineros. Y tenía éxito en todo. Como no temía ni el mal de ojo de los envidiosos ni la venganza de los humillados, reinaba con carácter absoluto sobre los seres y las cosas. Por tanto, resultaba natural someterse a sus leyes, que eran muy sencillas: o lo servías o desaparecías. Como nadie sabía dónde ir, nos aferrábamos a nuestras chozas y evitábamos llamar la atención. En aquellos años, los desarraigados se morían de hambre en los caminos y no había cielo que sirviera de techo.

En el aduar, nadie se atrevía a ponerse a mal con Gaíd Brahim.

Este es el motivo por el que a mi madre por poco le dio un infarto cuando mi hermano pequeño entró en casa, lívido, gritando: «¡El caíd, el caíd!».

Miramos por la ventana. Un carruaje sorteaba baches por la pista que llevaba a nuestra choza, conducido por Babai, un negro hercúleo al que la gente del pueblo temía como un mal presagio.

—Ve en busca de tu padre —gritó mi madre a mi hermanito.

—No sé dónde está.

—No discutas. Encuéntralo y dile que venga de inmediato. Las visitas de los hombres del caíd nunca traen nada bueno.

Mi hermano salió por atrás y echó a correr a campo traviesa, seguido por nuestro perro.

El carruaje se detuvo en el patio. Babai no se apeó de él. Se secó el sudor con un pico de su turbante y esperó a que apareciera alguien.

A mi madre no le quedaba una gota de sangre en el rostro. No reconocí su voz cuando me empujó hacia la puerta.

—Ve a ver qué quiere de nosotros. Cada vez que este energúmeno se acerca por aquí, nos da la cagalera a grandes y pequeños.

—¿Y qué le digo?

La verdad es que no me atrevía a salir de casa.

—¿Crees que tu padre habrá hecho algo malo?

—¿Y yo qué sé? Nunca dice dónde va.

Mi madre dio dos fuertes palmadas sobre sus muslos y se acurrucó en un rincón. De inmediato, se puso a persignarse cruzando las muñecas. Mis dos hermanas se unieron a ella, y las tres se apretujaron unas contra otras entonando conjuros.

Cada vez que Babai aparecía por el aduar, algún hombre tenía que pagar el pato. Y él, consciente del malestar que suscitaba, permanecía impenetrable en su asiento con una raíz de regaliz entre los dientes, mientras las familias se preguntaban sobre qué hogar iba a caer el anatema.

Aquel día, Babai se dirigió directamente a nuestra barraca, lo que añadió a nuestro desasosiego una espesa capa de espanto.

Mi padre llegó corriendo, salivando y completamente desconcertado. Tuvo que carraspear varias veces antes de dirigirse a Babai. No oí lo que se dijeron. Cuando mi padre se golpeó el pecho, comprendí que había ocurrido algo grave.

Mi madre, que asistía a la escena detrás de mí, se azotó las mejillas con ambas manos antes de volver a darse palmadas en los muslos.

—Se nos cae el cielo encima —se lamentaba—. ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Dios mío! Estamos perdidos, estamos malditos.

Mi padre se unió a nosotros, tambaleándose. Se agarró al filo de la puerta para no derrumbarse.

—¿Qué has hecho sin que yo me entere, hijo mío? —gimoteó.

—¿Yo?

—Sí, tú... ¿Por qué ha enviado el caíd a este bruto a buscarte?

—No tengo ni idea.

—Dice que su amo quiere verte, a ti y solo a ti. ¿De qué te conoce el caíd? Cuando manda llamar a alguien es porque tiene cuentas que ajustar con él.

Yo estaba anonadado. Mi cabeza rebobinó la película de la semana, y de las anteriores, rebuscando un momento de ofuscamiento o de algún símil de fechoría que hubiese cometido sin percatarme. No encontré nada reprehensible. Era un chico dócil, igual de comedido en mis palabras que en mis actos.

—Se trata sin duda de un malentendido —dijo mi madre con voz trémula.

Mi padre y yo salimos fuera para saber algo más acerca de esta insólita convocatoria.

—A mí los de arriba no me cuentan sus secretos —masculló Babai—. Mi amo me ha ordenado que lleve conmigo a tu retoño. Así que he venido a buscarlo. A mí me manda y yo obedezco.

—¿El caíd estaba encolerizado?

—¿Cómo no estarlo cuando solo se tiene a mano a cabezotas y a inútiles?

—¿Seguro que no te equivocas de persona?

—Tengo orejas pequeñas, pero puedo oír hasta a una araña tejer su tela. El caíd me ha dicho claramente Yacín, el hijo de Salam el manco.

—¿Qué quiere de él?

—Salam, ¿por qué me haces preguntas a las que no puedo responder? ¿Acaso te pregunto yo con qué agua haces tus abluciones?

Mi madre se nos acercó con la cara descompuesta. Se detuvo firmemente ante el jamelgo para cortarle el paso.

—¿Adónde se lleva usted a mi hijo?

—A la Gran Jaima.

—Mi hijo ni siquiera sabe dónde se encuentra.

—Vuelve dentro —le dijo mi padre—. Esto es cosa de hombres.

Babai me ordenó subir con una señal de la cabeza.

No me dejó sentarme en la banqueta, por la tierra que tenía pegada a la parte trasera de mi pantalón, por lo que tuve que permanecer de pie sobre el estribo.

El látigo cayó sobre la grupa del jamelgo; el carruaje estuvo a punto de atropellar a mi madre.

Los vecinos salieron de sus madrigueras, silenciosos como fantasmas ante sus puertas.

En los campos, algunas siluetas se erguían acá y allá y observaban el carruaje brincando sobre la pista como quien asiste en directo a una tragedia.

Muchos desgraciados habían seguido a los hombres del caíd sin que nadie supiera el motivo y no habían vuelto a dar señales de vida.

I

La carne de las salamandras

Me llamo Yacín Cheraga.

Esta es mi historia con Gaíd Brahim.

Soy el mayor de una familia de cuatro chicas y tres chicos. Dos de mis hermanas, apenas púberes, fueron casadas con unos chavales obtusos que las tenían cautivas lejos de nuestra familia; apenas las veíamos. Las otras dos esperaban con paciencia que apareciera algún pretendiente. Hassan, que me seguía en edad, y yo mismo éramos pastores. En cuanto a Misum, el más pequeño, optó por no dejar de ser bebé. A sus tres años, seguía mamando a dentellada limpia de los pechos de nuestra madre.

Mi padre había perdido una mano en un duelo, y con ello su alma. No recuerdo haberlo visto quejarse o enfadarse. Envuelto en su sombra, no frecuentaba la mezquita ni a la pandilla de vejestorios que desgranaban su rosario a la sombra del algarrobo, allá en lo alto de la colina rematada por el mausoleo de Sidi Ukil. Tampoco hablaba mucho, pero lo poco que decía tenía su sentido. Fue quien me certificó que el maná celeste es un cometa al que se puede ver alejarse, pero que resulta imposible alcanzar.

«Si tuviera sus dos manos —aseguraba nuestra madre—, vuestro padre arrancaría de cuajo un roble». A nuestro progenitor solo le quedaba un brazo útil, pero no paraba un momento. Salía de casa antes del amanecer y regresaba de noche, amparado en la sombra. No nos contaba a qué se dedicaba, lejos de nuestro pueblo, y se negaba a llevarnos a mi hermano y a mí para echarle una mano. Luego, mucho después, me enteré de que en ningún caso quería que supiéramos que mendigaba...

No obstante, no era el único en refugiarse en la sombra.

En el aduar, todos éramos el reflejo de un mismo infortunio, tan idénticos que nos resultaba difícil distinguir quién era de carne y sangre y quién un fantasma. El imam nos exhortaba a hacer de tripas corazón, ya que el Señor está siempre con los que padecen con entereza y humildad lo que está *escrito*. Sobre todo, decretaba que quien se rebela ante su destino no conseguirá nada, y que solo la desgracia asumida abre las puertas del paraíso. Por tanto, cada cual *asumía* devotamente su desdicha. Sin embargo, la oración que recitábamos más a menudo antes de apagar el quinqué era: «Señor, no nos dispenses tus bienaventuranzas si nos estimas indignos de ellas, pero, por favor, haz que nuestro camino no se cruce con el de Gaíd Brahim». Aunque nuestras oraciones no parecían tener mucho alcance, no perdíamos la fe. Al igual que nuestros antepasados. Al igual que nuestros padres. Y al igual que nuestra progenie después de nosotros. Por mucho que nuestros santos patronos nos ignoraran a pesar de nuestras ofrendas y de las bestias sacrificiales que degollábamos ante sus tumbas, el caíd Brahim no dejaba de vigilarnos de cerca. Le contaban todo lo que hacíamos, lo que susurrábamos tapándonos la boca con la mano y lo que nos callábamos en lo más profundo de nuestro miedo.

Nos habíamos acostumbrado a esta existencia sin relieve ni atractivos y pensábamos que esto duraría hasta el final de los tiempos.

Luego llegó ese viernes del otoño de 1914 que iba a transmutar el curso de mi existencia. Lo recuerdo como si fuera ayer. Era una bonita mañana de septiembre, templada como el vientre de un cachorro. Las montañas que se perfilaban en el horizonte parecían divinidades adormecidas, con sus caderas anchas y el brazo tendido hacia vaya a saberse qué oblación. Unas escasas nubes blancas se deshilachaban en el cielo mientras un halcón, ebrio de espacio y de viento, lanzaba gritos agudos como si fueran sortilegios. Recuerdo la pista agrietada que me alejaba de los míos, los árboles sombríos que jalonaban mi destino, el chirrido de las ruedas en medio del silencio de los matorrales desérticos, a Babai soñoliento sobre su banqueta, con el látigo enrollado en su brazo como una serpiente.

Recorrimos unos cuantos kilómetros sin abrir la boca. En realidad, no teníamos nada de que hablar. Babai no amaba a nadie y a mí me espantaba todo lo que él representaba.

El estribo sobre el cual llevaba más de una hora de pie me sajaba unas plantas apenas protegidas por viejas alpargatas desgastadas.

—¿Puedo sentarme en la banqueta?

—No —me soltó Babai con la violencia de tono de un disparo.

—Por favor.

—Con todo el esmero que he puesto en que este asiento esté impecable, no es cosa que ahora un piojoso como tú lo manche con su culo sucio.

—No es más que polvo. Luego lo limpiaré yo mismo.

—¿Con qué, con la lengua? Todo en ti es basura, así que permanece sobre el estribo y deja de darme el coñazo.

Mis rodillas no aguantaban más de tanto bache de la pista.

—Por favor, mis piernas no pueden más.

—Me importa un bledo.

Se puso a silbar.

Babai era una escoria de la más baja estofa. Tenía la mirada torva de quienes han echado a perder su vida y, por despecho, disfrutaban jodiendo la de los demás. Tanto en pecados como en peso, sobrepasaba los cien kilos. Lo había visto varias veces agarrar a simples transeúntes por el pescuezo y levantarlos por encima de su cabeza solo para alardear de su fuerza. Tenía menos corazón que un espectro y, según decían, practicaba brujería... En fin, ya podía la gente contar lo que se le ocurriera, a Babai le daba igual. Tenía para sí la baraka del caíd y su consiguiente impunidad.

Le tendí la mano.

—¿Qué quieres?

—Dicen que sabes leer las líneas de la mano. Quiero saber lo que me espera.

—Eso te lo dirá el caíd.

—Te juro que no he hecho nada malo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —me contestó con irritación—. ¡Qué puede importarme a mí que mees agua de azahar o que cagues ámbar! Ya podría depender tu vida de un mero gesto por mi parte, que no movería un dedo para salvarte, ni a ti ni a nadie.

—¿Crees que esta historia me podría costar la vida?

—¿Acaso tú tienes historia?

Babai dio un latigazo a su jamelgo y se olvidó de mí.

Cruzamos una arboleda en un silencio angustioso solo acompasado por el trote del jamelgo. A nuestro alrededor, los árboles parecían tener ojos. Tenía la sensación de que nos estaban espionando.

Babai, sumido en sus pensamientos, comiscaba su palote de regaliz, ajeno a mis gemidos, que yo exageraba para que viera que el estribo me tenía martirizados los pies. De pronto, detuvo el carruaje y lo echó a un lado del sendero.

—¿Por qué te paras?

—Un tipo sospechoso lleva un rato largo siguiéndonos.

Me di la vuelta. Efectivamente, alguien nos seguía.

Babai hacía bien en desconfiar. Últimamente había mucho bandolero suelto por la región. Acabaron todos ahorcados en las plazas de los pueblos musulmanes, para dar ejemplo, pero sus fantasmas seguían infestando el maquis y los bosques.

Babai recogió su chilaba por encima de la cintura para tener a mano su pistola.

Al ver su arma, me quedé estupefacto.

Babai esperó a que el desconocido se acercara, acariciando la culata, presto a desenfundar. Cuando reconoció a mi padre, remangó su chilaba y se echó sus manazas a la cara.

—¡Pero bueno, esto qué es!... ¿Qué pasa ahora contigo, Salam?

Mi padre se apeó de su cabalgadura con cara de extrema preocupación.

—He dejado atrás a mi mujer muerta de miedo.

—¿Acaso no tenéis sepulturero en tu aduar?

—Quiere saber qué se reprocha a nuestro hijo.

—¿Y eso qué más da?

—Tengo que ver al caíd.

—Como bien sabes, el caíd solo recibe a la gente a quien invita o convoca.

—Mi hijo no ha hecho nada.

Babai meneó la cabeza en señal de enojo.

—Escúchame bien, Salam. No es que me caigas ni mejor ni peor, pero te recomiendo que des media vuelta y te largues.

—Me niego a regresar sin saber de qué va esto.

—Tú no tienes ni puta idea de nada, pobre infeliz. Metiste la mano donde no debías y te la cortaron. Ojo que esta vez no te ocurra lo mismo con el pie. Al caíd lo cabrean mucho los pelmazos. Quedas avisado; cuando le da por castigar, no se libran ni los recalitrantes ni sus familiares.

—Vuelva a casa, padre. No tiene nada que temer, soy inocente.

Babai hizo chasquear el látigo y seguimos adelante.

Mi padre permaneció un rato en medio del camino, junto a su jamelgo, como un alma en pena de la que tanto el cielo como la tierra renegaban.

La Gran Jaima.

Por fin me di cuenta de por qué el mundo del caíd se hallaba en las antípodas del nuestro y por qué se decía de Gaíd Brahim que era tan poderoso como un sultán y lo suficientemente rico para mantener durante mil años a sus descendientes sin dar golpe. Cuando se dispone de un territorio tan inexpugnable como una fortaleza, engalanado con jardines florecidos y un palacio en su centro, de jaimas grandes como carpas en un lateral, y, en el otro, una esplendorosa yeguada de pura sangre, no hay ninguna necesidad de tener un dios, porque uno mismo ya casi lo es.

Jamás se me habría ocurrido pensar que una vivienda pudiera tener tantas ventanas en dos pisos y, para colmo, estar cubierta por una tonelada de tejas sin venirse abajo. Yo venía de una aldea cochambrosa donde las casuchas eran de adobe y de maderos medio podridos, con puertas que no encajaban y techos que se derrumbaban con la lluvia. Verme de sopetón, sin previo aviso ni haber salido nunca de mi aduar, ante una morada tan imponente, con fachadas almenadas de una blancura res-

plandeciente y un portón macizo tallado en una sola pieza de madera noble y claveteado de cobre, sobrepasaba mi imaginación.

Babai me puso en manos de un hombre seco como un garrote, de bigote erizado y mohín despectivo, que me examinó concienzudamente antes de hacer una señal a un sirviente.

—Llévatelo y dale un baño antes de que contamine toda la región.

Un forzudo de músculos flácidos me estaba esperando en un *hamam*. Me ordenó que me desnudara y me pusiera un paño alrededor de la cintura. La sala que me señaló estaba sobrecalentada. Me coloqué en una cubeta llena de agua hirviendo y esperé. Cuando me puse a sudar grandes goterones, el forzudo me tumbó sobre el suelo y se puso a quitarme la mugre. Cada vez que me daba un manotazo en el hombro, colocaba encima unas gruesas fibras de tierra negruzca.

—¿Cuándo te bañaste por última vez, chico, justo antes o después del Diluvio?

—Trabajo en el campo. Con el calor y el polvo, no es fácil mantenerse limpio.

—Yo te voy a poner en condiciones. Te vas a quedar tan fresco y apuesto como una virgen en su noche de boda.

Me daba vergüenza estar tan sucio, pero no era eso lo que más me preocupaba. ¿A qué se debía ese baño? ¿No se trataría de un aseo mortuorio? Quizás fuera el modo de proceder del caído antes de castigar a algún infractor. Me vinieron a la mente las historias que contaban los cuentacuentos sobre rituales espantosos en el transcurso de los cuales sacrificaban a seres humanos. Un miedo espantoso me invadió.

El forzudo me limpió el pelo con arcilla *ghassoul*, me jabonó y lavó de pies a cabeza antes de llevarme a una sala cubierta de esterillas gruesas.

—Descansa aquí, preciosa —me dijo.

Tras el relajamiento, me entregaron ropa nueva y suave como una caricia, y me instalaron en una habitación que olía a incienso. Había una cama cubierta con sábanas blancas, una mesa alta con un cajón, una silla acolchada, un candelabro sobre una cómoda y, en las paredes, grandes tapices con escenas de caravanas al atardecer, una cacería y odaliscas bailando.

Me trajeron fruta y tortas.

—No se te ocurra robar nada de esta habitación —me soltó el hombre con sequedad—. Me sé de memoria todos y cada uno de los objetos que hay aquí. Como eche de menos solo uno, tu madre va a ser la que te eche de menos a ti.

—No soy ladrón.

—Eso me conmueve.

A punto estuvo de meterme en el ojo su dedo inquisitivo antes de salir y cerrar la puerta tras él.

Me senté en el bordillo de la cama y me agarré la cabeza con ambas manos. No sabía qué hacer ni qué pensar. Incapaz de quedarme parado, me puse a dar vueltas por la habitación. De cuando en cuando, me acercaba a la ventana y observaba a la servidumbre atareada. Dos hombres con el pecho desnudo y zaragüelles remangados por encima de las rodillas estaban asando un cordero entero. Un mozo de cuadra lavaba a un caballo. Una mujer regresaba a una tienda de campaña con un fardo sobre la cabeza y una piara de mocosos correteando tras ella.

En la otra punta del patio, sentado sobre el estribo de su carruaje, Babai recortaba una rama con su puñal.

Guardó su arma cuando me vio.

—¡Vaya con el principito! —me soltó echándose el turbante hacia atrás—. ¿No serás casualmente un hijo secreto del caíd?

—¿A qué viene todo esto?

—Lo que sí está claro es que ya no tienes por qué temer nada.